

Homenaje a René Orlando Houseman

COSA DE LOCOS
por Javier E. Varani

Creo que no me equivoco si digo que todos los pibes, en lo que duró la década del 70, más allá del equipo de fútbol por el que simpatizáramos, queríamos que Houseman jugara para nosotros. A mí me hubiera gustado verlo vestir la azul y oro, un rato al menos, haciendo destrozos por el lateral derecho con la segura asistencia del tano Pernía.

Algo de ese sueño se nos cumplió dos veces, con ocasión de los campeonatos mundiales del año 74 y 78, cuando el Loco Houseman integró la Selección Nacional y alegró al mundo con sus irreverencias (recuerdo especialmente una, cuando, pegadito a la raya de fondo, le hizo un sombrero ¡con sus rodillas! a un sorprendido defensor polaco, que todavía la está buscando...).

Retazos de esa popularidad universal de René Orlando Houseman pudimos comprobarla la tarde del pasado lunes 18 de junio, en el estadio de Huracán, en el homenaje que le rindió su club de toda la vida. Hinchas de todos los colores, familias enteras (padres, madres, hijos y hasta bebés), los jóvenes de la murga de Parque Patricios (“los monarcas de la fiaca”) y unos cuantos locales que ya pasaron los cincuenta, poblaron la mitad del estadio Tomás Ducó.

Como quien espera en el atrio el comienzo de la boda de un amigo, en la hora que duraron los homenajes y reportajes preliminares, los simpatizantes del globito no se cansaron de contar anécdotas quemeras. Un emocionado taxista, por ejemplo, contó que un día, justo a poco de haber conquistado el campeonato del 73, se le subió Houseman al auto. Dijo que no le cobró un centavo (...y yo además pensé: pobre Houseman, lo debe haber paseado por todo Buenos Aires). Cualquiera cosa venía bien para hablar del ídolo: un encuentro en la calle, el recuerdo de un gol imposible....

Finalmente, empezó el partido. Se trató de un desafío entre un seleccionado de Huracán (con campeones del año 73, del año 90 y de su actual formación) y el “equipo de las Estrellas”, donde se notó, obviamente, que lo más importante era encontrarse. Fue un placer, de todos modos, disfrutar en el primer equipo la presencia de Avallay, de Barbas, de Wolff, del lobo Carrascosa y los más recientes Quiroz, Padra, Herrero. En los segundos, sorprendió el despliegue de Burruchaga, y la intacta calidad de Bochini, que sigue tratando a la pelota con la delicadeza con que se cierra la puerta de un Rolls Royce. Mención aparte merece la espontánea dupla que armó Houseman con el Turco García, que convirtió dos goles, uno de ellos de chilena, previa pared que fue construida con dos oportunos tacos del Loco. Houseman se mostró tal cual es, y su estampa se mantiene intacta: las medias bajas, la camiseta número 7 un tanto salida, las muñecas quebradas, la sed de gambeta. Tal vez lo único que ha mermado, a los 47 años, es el pique corto con el que achicaba las puntas de todas las canchas.

Ganó Huracán 3 a 2. Pero mejor es decir que al wing más loco de la historia lo homenajearon con el partido más loco que jamás se haya visto: lo dirigieron dos árbitros (Mastrángelo y Olivetto), tuvo un primer tiempo de 35 minutos y un segundo de casi 15 y una tribuna que aplaudía a todos los jugadores, propios y ajenos.

Fue una fiesta, la de Houseman. Que mi hijo Nicolás disfrutó con los mismos ojos asombrados que yo tuve cuando lo ví jugar en la Bombonera.

This document was created with Win2PDF available at <http://www.daneprairie.com>.
The unregistered version of Win2PDF is for evaluation or non-commercial use only.